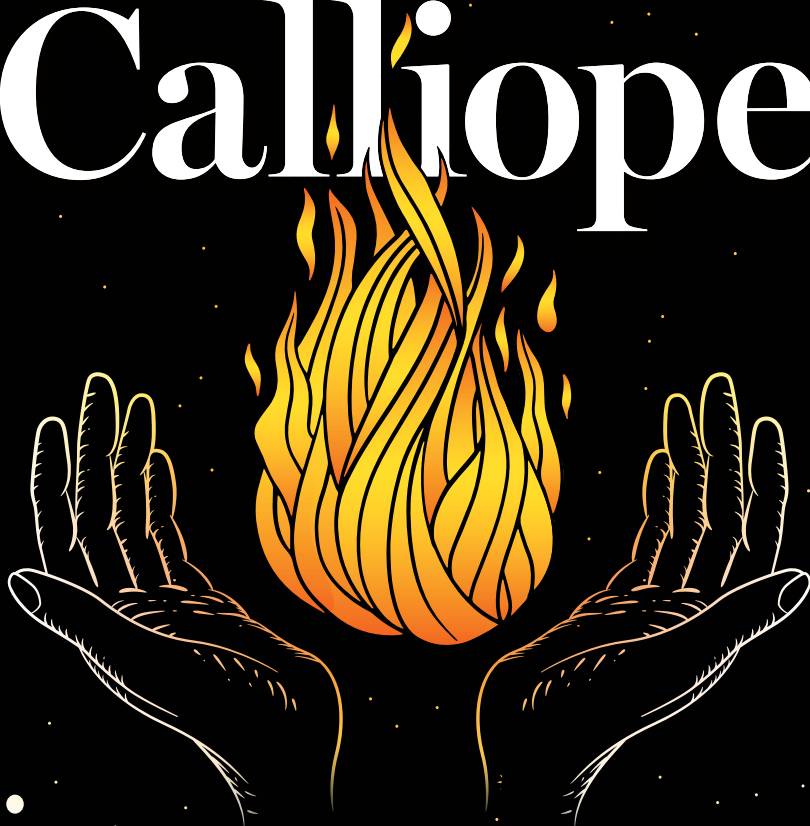


TABITHA KING

**MICHAEL
MCDOWELL**

Calliope



LA VOZ DE LAS LLAMAS

minotauro

TABITHA KING

**MICHAEL
MCDOWELL**

Calliope

LA VOZ DE LAS LLAMAS

minotauro

Mi padre tuvo una muerte desagradable.

Así lo contaba mamá: «Mi marido tuvo una muerte... —solía decir, pronunciando aquellas palabras de modo que se le fuera apagando la voz antes de terminar—... desagradable».

Pisar una avispa cuando vas descalzo, eso es desagradable. Un trago de leche agria, eso es desagradable. Lo que le pasó a papá no fue simplemente desagradable. Fue un asesinato. Y no un asesinato elegante. No hubo mayordomo en la biblioteca, armado con un revólver; no fue un indoloro y limpio juego de pistas, amañado al finalizar de modo que pareciese un suicidio elegante, un suicidio que pudiese ahorrarle el patíbulo al asesino.

Yo tenía siete años cuando murió papá. No asumí la naturaleza de su muerte, ni acepté lo categórico de ésta. Aquello fue algo que nos había pasado a mí y a mamá, y a Ford, mi hermano. Logré asumir lo sucedido con el paso de los años. Hasta que hubo transcurrido mucho tiempo mantuvieron lejos de mi vista la imagen del baúl ensangrentado que apareció en la cubierta de lo que resultó ser el último ejemplar de *True Sex Crimes*, así como los relatos que se publicaron en ese mugriento folletín y sus absurdas imitaciones, como *Savage Real Crimes* o *Twentieth Century Grue*.

Hace poco que he tenido la oportunidad de leer todos los recortes de prensa, así como los informes forenses y psicológicos publicados para el gran público, como *Sexual Pathology and the Homicidal Impulse*, obra del doctor Meyer aparecida en 1975, en la que se incluyó un capítulo titulado: *Baúl, palo de escoba y cuchillo de carnicero*. Los crueles e inenarrables detalles que rodearon la muerte de papá no tardaron en imponerse a la capa de cinismo con la que me había envuelto. Ahora llevo el ridículo eufemismo de mamá atravesado en la garganta, clavado como una espina.

Detuvieron a las mujeres que cometieron el asesinato. Las juzgaron. Las declararon culpables y las sentenciaron a morir en

la silla eléctrica. A pesar de tratarse del estado de Luisiana, en 1958 era poco habitual que se ejecutara a una mujer, pero en palabras del juez, lo que aquellas mujeres le habían hecho a mi padre fue «un vil, atroz e inimaginable atentado contra natura».

Sin embargo, ninguna de las dos mujeres que fueron declaradas culpables murió electrocutada.

Judy DeLucca fue asesinada en la lavandería de la prisión, rajada como una gamba desde la garganta a la entrepierna con una cuchilla insertada en el mango de un cepillo de dientes. Cuando Janice Hicks, alojada en otra ala de la misma penitenciaría de Baton Rouge, se enteró de la muerte de su amiga, empezó a boquear como si le faltara el aire. Falleció antes de que pudieran avisar a un médico. La autopsia reveló que tenía los pulmones llenos de agua.

Agua salada.

Me llamo Calley Dakin.

Me bautizaron con el nombre de Calliope Carroll Dakin. Cada vez que preguntaba a mamá por qué me habían puesto de nombre Calliope, me soltaba una mentira diferente, que iba de lo insustancial a lo sádico: Calliope era el nombre de su mejor amiga del instituto, que al final la había traicionado; o el nombre de una muñeca que tuvo de pequeña y que siempre había desprendido un olor raro, o el del riachuelo apartado donde una serpiente de agua mordió a un niño travieso, en cuyo cadáver, una vez recuperado, encontraron metida a la serpiente.

Descubrí por mis propios medios que un calíope es un órgano de vapor del siglo XIX relacionado con los circos, y que Calíope es la musa griega de la poesía épica. En cuanto tuve ocasión, informé a mamá del resultado de mis pesquisas.

—No tenía ni idea —me respondió ella con un sarcasmo carente de inflexión—. Si llego a sospecharlo...

Desde que era muy niña, papá aprovechó cualquier ocasión para llevarme al circo; lo hizo tan a menudo como se presentaba uno a una distancia razonable de casa, así que pude familiarizarme con la tesitura del calíope. Nadie diría que se trata de un instrumento delicado, pero admiraba lo ruidoso que era. Mamá nunca nos acompañó. Alegaba ser alérgica a las chirigotas. Pasaron años hasta que me convencí de que la chirigota no era un tipo de planta como la ambrosía, que produce estornudos.

De soltera, mamá se llamaba Roberta Ann Carroll. Los Carroll eran una familia muy antigua de Alabama, de clase alta, tan alta como pueda serlo uno sin desempeñar el cargo de gobernador y sin ser tan rico que la gente de otros estados haya oído hablar de ti. Mamá no sólo no dejaba de recordarme que yo era una Carroll, sino también que no estaba a la altura de los Carroll.

Y todo porque Dakin era el apellido de mi padre.

Los Dakin no eran de clase alta, sino todo lo contrario. Eran de clase tan baja que para estar más abajo uno sólo podía ser negro. Mamá decía que los Dakin nunca habían sido nadie. No tenían categoría. Sin historia ni posición social, hubiera dado lo mismo que provinieran de la cara oculta de la luna.

Las únicas cosas que tenían eran un montón de críos y esa forma de hablar de la gente rústica. No había niñas Dakin, sino generación tras generación de mamás Dakin, papás Dakin y cuatro, cinco, seis o, en el caso del padre y la madre de papá, siete pequeños Dakin.

Entonces ¿por qué se había casado Roberta Carroll con Joe Cane Dakin?

Porque, al contrario que el resto de los Dakin de Alabama, papá era rico.

Aunque se llamaba Joe, mamá lo llamaba Joseph. Nunca dejó de insistir en que era típico de la ignorancia de los Dakin ponerle a un hijo un mote por nombre en la partida de nacimiento. Los hermanos de papá se llamaban Jimmy Cane Dakin, Timmy Cane Dakin, Tommy Cane Dakin, Lonny Cane Dakin, Dickie Cane Dakin y Billy Cane Dakin. Mamá aseguraba que el segundo nombre, Cane (caña), obedecía al hecho de que todos ellos habían nacido en un cañaveral.

Papá me contó que aquélla fue la lección que su madre les impartió a todos ellos, para que jamás olvidaran la falta cometida por Caín para con la raza humana. El desliz ortográfico, la confusión entre Cane y Caín, no tenía importancia. La ortografía es una ciencia que jamás ha alcanzado a quienes apenas saben leer y escribir, como la madre de papá, o como su padre, que era analfabeto. La verdad es que ahora empieza a parecerme una pose. He visto la firma del padre de papá en los documentos del condado, firmados por Cyrus, Cyris, Syris e, incluso, por Sires Dakin. El Dakin lo tenía grabado a fuego; era su nombre de pila lo que parecía costarle horrores cada vez que tenía que escribirlo. La madre de papá estampó su firma en la biblia familiar con letra caligráfica: Burmah Moses. La madre de papá era huérfana, y había sido criada en un orfanato dirigido por las Hijas del Faraón. Se trataba de una ramificación peculiar, ya desaparecida, de la Estrella de Oriente, pero mientras existieron enviaron al mundo a todas las huérfanas que habían cuidado con el apellido de Moses (Moisés). Sin duda, tanto su alma huérfana como los zapatones que le regalaron al salir del orfana-

to no pudieron dejar de tropezar con la piedra del entusiasmo religioso.

No conocí a Cyrus ni a Burmah Moses Dakin, ni al hermano de papá, Tommy Cane Dakin, que murió de tosferina a los cuatro años, ni a su otro hermano fallecido, Timmy Cane Dakin, que murió con veintitantos tras recibir la coza de una mula en la cabeza, no antes de haber disfrutado del tiempo necesario para dejar a una viuda y cuatro hijos, el mayor de siete años.

Papá era el más joven. Empezó con los bolsillos vacíos y con la peor educación que en aquellos tiempos podía proporcionarle el estado de Alabama a un muchacho. Papá tenía habilidad para reparar coches. Desde la adolescencia, tenía seis o siete Ford T de desguace, cuando no algún que otro tractor de balas de heno en el patio techado de su madre viuda. Recogía piezas de chatarrerías y reutilizaba restos abandonados. En la Alabama rural, nadie tenía billetes ni monedas en plena Depresión, así que los propietarios de los armatostes que devolvía a la carretera a menudo le compensaban en especias en lugar de hacerlo con dinero: un pollo, un saco de batatas, un jamón, un haz de leña. Los cuartos de dólar, así como las monedas de cincuenta centavos, le llegaron lentos y sudorosos a las manos, y una vez allí, no los dejó escapar con facilidad.

Un vendedor de automóviles de Montgomery, el señor Horace H. Fancy, oyó hablar de él y le ofreció un puesto de mecánico. Debido a que Burmah Moses Dakin se había retirado a la Gloria, nada retenía allí a papá. El señor Fancy descubrió que papá era algo más que un mecánico dotado. Joe Cane Dakin también era un gran vendedor, tan honesto como ardiente pueda ser un mediodía de agosto. Caía bien a la gente. Se despedían de él con la sensación de que por una vez nadie los estaba timando. El señor Fancy comprendió que había encontrado al hombre que había estado buscando, aquel que habría de sucederle en el negocio cuando él se retirara. El señor Fancy enseñó a papá todo lo relacionado con el negocio del automóvil.

Y no sólo el negocio. El señor Fancy se ocupó de que papá se procurase el carné de la biblioteca y se educara un poco. La mujer del señor Fancy había fallecido, pero tenía una hermana viuda, la señora Lulu Taylor, que cuidaba de la casa, y fue ella quien se encargó de enseñar a papá algo de modales, dicción y todo lo que era necesario para hacerse pasar por un caballero rural. A mamá le gustaba tomar el pelo a papá, diciéndole que la señora

Lulu debió de portarse con él con mucha dulzura, pero papá respondía que sólo era una maestra de escuela retirada que echaba de menos la enseñanza.

En pocos años, papá compró el negocio al señor Fancy y lo convirtió en la mayor franquicia de Ford en toda Alabama. Tuvo tanto éxito que el propio Henry Ford II llamó personalmente un día desde Detroit, para pedirle a papá que abriera una franquicia en Birmingham, porque al parecer nadie allí sabía cómo vender bien los vehículos Ford. De modo que papá fue a Birmingham y lo hizo. Para cuando hubo cumplido los treinta y dos años, una década antes de casarse con mamá, papá era el dueño de tres franquicias, una en Birmingham, otra en Montgomery y, la última, en Mobile, y su fortuna se valoraba en tres millones y pico de dólares.

En el verano de 1939 se declaró un brote leve de polio, y papá se quedó cojo y con uno de los brazos tonto. No tuvo más remedio que librar la guerra en casa. Cuando la guardia nacional se federalizó, Alabama se procuró una guardia estatal a modo de sustituta. Allí se enroló papá, junto a los ancianos y los críos y los cojos que el ejército no aceptaba en sus filas. Su labor consistía en proteger Alabama en caso de que se produjera una invasión por parte de un enemigo que se mostraba lo bastante temerario para hundir los mercantes que surcaban las aguas del golfo de México. Papá formaba parte de la junta de defensa estatal que coordinaba todas las actividades relativas a la defensa civil. También hizo sus guardias, como cualquiera. Al terminar la guerra, cuando las fábricas recuperaron el ritmo de elaboración de productos de consumo doméstico, papá volvió a hacer dinero a espuertas.

Papá y mamá se conocieron justo después de la guerra, en la farmacia de Boyer, en la ciudad natal de mamá, Tallassee, que no está lejos de Montgomery. Papá compraba un paquete de chicle Wrigley, más que nada por educación, mientras se aseguraba de que el señor Boyer tomaba la decisión de cambiarse el antiguo Ford por un modelo nuevo. Mamá entró en la farmacia para comprar un lápiz de labios que no necesitaba. Mamá sabía quién era papá. Él no la conocía, pero no transcurrieron ni diez minutos antes de que lo tuviera asegurándole que aquel tono de pintalabios era el apropiado para ella. Ella siempre lo contaba como si nada más destapar aquel lápiz de labios nuevo, él no hubiera tenido la menor oportunidad de escapar a sus encantos.

A medida que fue levantando el negocio, papá contrató a sus hermanos para que trabajaran con él.

El tío Jimmy Cane Dakin trabajaba para papá en Birmingham; los tíos Lonny Cane y Dickie Cane trabajaban para papá en Mobile, y el tío Billy Cane y su esposa, la tía Jude, trabajaban para papá en Montgomery.

Mamá se negó a relacionarse demasiado con esa parte de la familia. Él toleraba el hecho de que ella ignorase a los Dakin, pero se las arregló para que yo sí los tratara. Puede que hiciera lo mismo con Ford, mi hermano, pero la verdad es que había dejado de hacerlo para cuando yo lo acompañaba.

Billy Cane era mi preferido, sobre todo porque el tío Billy y la tía Jude me mimaban mucho. Como solía sucederles a los Dakin, sólo habían tenido varones: dos muchachos. Todas las hermanas de tía Jude habían tenido niñas, de modo que echaba de menos haber tenido una propia. También era especial para ellos porque era la primera hija Dakin que eran capaces de recordar. Soy consciente de que no les molestaba la perspectiva de exasperar tanto a mi madre como a la madre de ésta, a quien nos enseñaron a llamar Mamadee a Ford y a mí. Dudo que a mis parientes Dakin les importase mucho que unos cuantos Carroll se removieran en sus tumbas.

Ahora, cuando lo veo en foto, papá me parece desconocido, alguien a quien no reconozco, no por el hecho de no saber quién es, sino porque, al buscarlo en ellas, he llegado a observar esas fotografías con mucha atención. Ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, tenía el pelo rubio y ralo, aplastado sobre la cabeza, peinado hacia atrás con Brylcreem; y sus ojos claros, enmarcados en un rostro de tez morena y mandíbula prominente, me observan a su vez desde la imagen. Tenía la nariz larga, aguileña, torcida como si se la hubiera roto. Probablemente así había sucedido, aunque nunca llegó a contarme cómo. Tenía las orejas grandes, y le estrechaban la cara como si se tratara de un único volumen sostenido por unos sujetalibros demasiado grandes. Recuerdo que llevaba puestos tanto los tirantes como el cinturón. Y es imposible olvidar su voz, pues la tenía de tenor, suavizada por el habla lenta y melosa de Alabama. Su canción favorita era *You Are My Sunshine*.^{*} Era de los que dicen «me se» en lugar de «se me», y olvidaba alguna que otra preposición, lo que también nos sucedía a los

^{*} «Eres mi rayo de sol.» (N. de la e.)

demás, a pesar, por supuesto, de que no era eso lo que nos habían enseñado.

Igual que nunca llegó a contarme cómo se había roto la nariz, papá nunca tuvo ocasión de explicarme por qué se casó con mamá.

Podría especular; podría decir que la amaba. Era una mujer joven y muy hermosa, y ella quería casarse con él. Entre la enfermedad, la guerra y eso de no poder enrolarse y luchar, puede que ansiara recuperar parte del vigor y la juventud perdidos. Puede que hubiera empezado a plantearse que la vida era algo más aparte de hacer dinero y amontonarlo. De no haber sido un Dakin, de haber nacido en el seno de una familia como los Carroll, hubiera tenido a una madre o a una hermana que le procurasen un enlace adecuado. No obstante, era un Dakin sin hermanas, y para cuando conoció a Roberta Ann Carroll, Burmah Moses Dakin llevaba tiempo muerta de pobreza y exceso de trabajo. De no haberse casado con mamá, yo no habría nacido, ni Ford tampoco, y en 1958 Joe Cane Dakin no habría sido asesinado en Nueva Orleans.

Papá tenía a su disposición cualquier vehículo que quisiera conducir; siempre era el último modelo. Cada año, sentaba a mamá al volante del coche que quería promocionar. Verla al volante podía inducir a otros maridos a imaginar que, si compraban un vehículo como ése, quizá también sus esposas se parecerían más a mamá. Incluso a las esposas podía darles por pensar que se parecerían un poco más a ella.

A esas alturas de la vida, mamá no sólo era la mujer más atractiva de Alabama, sino la señora de Joe Cane Dakin, lo cual equivalía a decir que era rica. Su aspecto le había proporcionado la posición; se lo merecía. Ser la señora de Joe Cane Dakin y conducir un Ford era lo máximo que estaba dispuesta a trabajar en la vida.

En 1958, papá promocionaba el Edsel, de modo que mamá conducía un Edsel Citation de cuatro puertas, que tenía un enorme motor y una imponente carrocería, pintado en una combinación de dorado metálico, amarillo pajizo y negro azabache, con tapicería de oro salpicada de vetas de oro metalizado, y acabados de cuero color malvavisco. Papá sabía que como producto aquel Edsel era algo desvaído, y también mamá era consciente de ello, pero el caso era que papá le debía lealtad a la Ford Motor Company. Solía decir que la Ford Motor Company pagaba las facturas.

A ese respecto, mamá ni se molestaba en dar voz a su opinión. A ella le bastaba con que Joe Cane Dakin pagara las facturas. Lo mínimo que podía hacer mamá era fingir que le gustaba el Edsel. Siempre le satisfizo representar un papel. Mamá creía que el hecho de tener la belleza de una estrella de cine le confería también el talento de una, claro que, por supuesto, jamás se hubiera degradado hasta el punto de ejercer de actriz de verdad, con todo el esfuerzo que eso le hubiera supuesto.

Cuando papá quiso acudir a Nueva Orleans con motivo de una convención de vendedores de la Ford, nos llevó en el Edsel de mamá a más de cuatrocientos kilómetros de distancia desde Montgomery. Mamá fue en el asiento delantero, y Ford y yo, en el trasero. La convención se inauguraba un viernes catorce, y duraría hasta entrada la semana siguiente, lo que permitiría a los vendedores disfrutar del carnaval del día dieciocho. El día siguiente, miércoles de ceniza, era mi séptimo cumpleaños. No sólo me prometieron un pastel de cumpleaños, sino también la *specialité du maison* del hotel Pontchartrain: un plato al que llamaban el «pastel de una milla de alto».

Ford pudo acompañarnos en el viaje porque la convención coincidió con las vacaciones escolares de febrero. Yo podría haber ido de todos modos, puesto que mi asistencia al curso de primer grado de la señorita Dunlap no era tan imprescindible como lo era la de Ford al curso de sexto grado de la señorita Perlmutter. Siempre que papá quería que lo acompañara durante un viaje en coche a Birmingham, a Mobile o a donde fuera, me permitían hacer novillos. La señorita Dunlap nunca dijo esta boca es mía. Puesto que mamá fingía que papá nunca tomaba una decisión por voluntad propia, sin consultarla con ella o sin que ella le moviera a ello, cuando papá se me llevaba de viaje siempre se las apañaba para apropiarse de la idea; aseguraba que si no se libraba de mí un tiempo, Joe Cane Dakin acabaría encerrándola en el sanatorio mental.

Si mamá y papá se hubieran marchado a Nueva Orleans sin nosotros, Ford y yo nos hubiéramos quedado con Mamadee en Tallassee. Sin embargo, papá era de los que piensan que todo el mundo tiene que acudir al menos una vez en la vida al Mardi Gras. Algo que no era necesario decir, pero que todos entendíamos así, era que papá quería estar conmigo cuando celebrase el cumpleaños. Si tenía que ausentarse, me llevaría con él. A mamá no le hacía mucha gracia llevarnos de remolque, claro que de todos modos se las habría apañado para dar con algo que no le gustara del viaje, cosa de la que mi padre era consciente.

En el coche, mamá comentó que ya había ido al Mardi Gras, y que si tenía que volver, prefería hacerlo sin tener niños cerca que pudieran sacarla de sus casillas. Fumaba Kool, alrededor de uno cada media hora, y ojeaba el último ejemplar de *Vogue* mientras le repetía a papá todo lo que ya le había dicho antes. Él fumaba Lucky Strike, más o menos uno cada quince minutos, y no hizo grandes comentarios.

Justo el día antes, la costa del golfo se había enfriado lo bastante para que nevase en ese mango de sartén que es Florida, la cual, si las líneas del mapa se dibujaran rectas, formaría parte del sureste de Alabama.

Puesto que habíamos subido las ventanillas para protegernos del frío, me resultaba más difícil escuchar el mundo que había fuera del Edsel, pero ello me permitía estar más atenta no sólo a los esfuerzos del propio vehículo sino también a los de sus ocupantes. Puesto que los conocía bien, hice lo posible por aislarlos de mi mente.

Paramos en el concesionario de papá en Mobile. Era incapaz de atravesar Mobile sin pararse ahí. Mamá me llevó apresuradamente al servicio de señoras, y luego me llevó con el mismo garbo de vuelta al coche, no porque le preocupara que pudiera mojarme ni que pudiera entretenerme, sino porque me utilizaba como excusa para no tener que hablar demasiado con la gente que trabajaba para papá.

Ford salió del coche el tiempo justo para procurarse una Coca-Cola, bebida que papá solía llamar «cola». Cada vez que lo hacía, mamá le recordaba que «cola» era una simplificación, y que alguien de su posición debería saber que simplificar demasiado las cosas le hacía parecer un paleta.

Salió el tío Lonny Cane Dakin, vestido con un peto grasiento y con un tremendo manchurrón de grasa en la mejilla izquierda. Lonny Cane hubiera guardado un gran parecido con papá si a papá lo hubieran puesto a la venta en una tienda de objetos de segunda mano.

A pesar del frío, papá bajó todas las ventanillas antes de entrar en el concesionario, decidido a ventilar el interior del Edsel. Cuando el tío Lonny Cane hizo ademán de inclinarse sobre la ventanilla abierta, junto a mamá, ésta dio un respingo, mirándole las uñas con los ojos muy abiertos.

—Dios santo, Lonny Cane Dakin, ¡no toques el coche con esos dedos! —le soltó—. Vas a esparcir esa grasa por todas partes.

El tío Lonny Cane se quedó inmóvil con las palmas de las manos extendidas hacia arriba, antes de echarse atrás y llevárselas a la espalda como haría un crío que no quisiera admitir que no se las había lavado antes de comer. Se puso rojo como un tomate. Sonrió incómodo, sonrió de tal modo,

con tanta generosidad, que pude verle todos los huecos que tenía entre los escasos dientes de niño pobre que le quedaban.

—Perdóneme, señora Roberta —dijo entre dientes. Luego estiró el correoso cuello y miró con ojos bizcos el asiento trasero, donde nos encontrábamos Ford y yo.

Ford era quien estaba más cerca de Lonny Cane, de modo que me arrojé sobre él y solté un grito salvaje por la ventanilla de Ford. De nuevo mamá dio un respingo. Ford estuvo a punto de atragantarse con la Coca-Cola. Me echó al suelo. La carcajada de tío Lonny Cane me sonó a música de circo en los oídos; poseía el ofensivo descaro de la bocina de un payaso.

—Me está entrando jaqueca —se quejó mamá—. Cierra ahora mismo la boca, Calley Dakin. ¡No quiero oírte más en toda la vida! Ford, ve a decirle a tu padre que se apresure. ¡Y que me traiga una aspirina!

Ford no perdió la ocasión de pisarme la mano cuando salió de nuevo del vehículo.

Mamá se tapó los ojos con la mano y lanzó un gemido quejumbroso.

—Mamá, ¿quieres que te cante una canción? —pregunté a la espalda de mi madre, en el asiento trasero.

Ella hundió el codo en el respaldo, con lo que quiso decir que no estaba para canciones. Podía cantar tan bien como cualquiera, pero a ella le traía sin cuidado mi voz, lo hiciera bien o mal.

Ford regresó y se sentó de nuevo en el asiento trasero.

Papá abrió la puerta del conductor y asomó la cabeza en el interior del vehículo.

—Te he traído una aspirina, Bobbie Ann, y una cola. —Llevaba tres botellas abiertas, cogidas del cuello con los enormes dedos de una mano.

—No me llames Bobbie Ann —le dijo mamá—. Y no abrevies las palabras ni hables en jerga, Joseph. ¡Procura que esa cría se siente y se esté quieta de una vez! Ya te dije que tendríamos que haberla dejado en casa.

—¿Con tu madre? Por encima de mi cadáver. Y como no quisiste ni oír hablar de dejarla con Ida Mae... —replicó papá.

Mamá se envaró como si acabara de darle un golpe en la espalda. Mi antigua niñera, Ida Mae, seguía siendo un tema delicado entre ambos, a pesar de los meses que hacía que mamá la había despedido.

Papá titubeó. Tuve la impresión de que estaba a punto de decir algo. Sin embargo, guardó silencio.

Ford enarcó las cejas burlón mientras tomaba un largo sorbo de Coca-Cola. Entonces tenía once años, era todo piernas y malo como la tiña. Mamá sentía debilidad por Ford porque era un auténtico Carroll, tanto que Ford ya miraba por encima del hombro a papá por ser un Dakin. No obstante, Ford había llevado el carácter Carroll un paso más allá, porque de hecho también miraba a mamá por encima del hombro por haberse casado con un Dakin. Debido a esto, mamá aún sentía más debilidad por Ford.

Papá se sentó al volante y me ofreció una de las botellas abiertas.

—Te he oído gritar, Rayo de Sol. *Te se* habrá quedado la garganta seca.

Hasta entonces, no era consciente de lo sedienta que estaba. El caso es que la Coca-Cola me hace eructar, y así lo hice. Mamá volvió a quejarse, y Ford se rio con disimulo.

Cuando mamá se quejaba de dolor de cabeza, aún había menos posibilidades de que pudiéramos escuchar música. Si papá y yo nos embarcábamos en uno de nuestros viajes en coche, podía sentarme en el asiento delantero, y él me daba permiso para cambiar la emisora de radio y escuchar lo que quisiera, a un volumen tan alto como la radio pudiera dar de sí. Pero cuando nos acompañaba mamá, apenas podíamos encenderla. Yo canturreaba sin que un solo sonido escapara de mis labios, canturreaba mentalmente, y poder hacerlo era para mí una bendición. Ida Mae Oakes me había enseñado a dar gracias por ese tipo de cosas.

Aunque me habían dado permiso para llevarme una caja de zapatos con las muñecas recortables, tenía cerca a Ford y no podía jugar con ellas en el asiento trasero del Edsel. Las llevaba en la maleta, en el maletero, junto al gramófono autografiado por Elvis que me había regalado papá por Navidad, y algunos de mis discos de cuarenta y cinco revoluciones, así como la tarjeta de San Valentín que le había hecho a papá en la escuela. Deseaba sobre todo poder jugar con mi muñeca recortable Rosemary Clooney. A mamá no le hacía mucha gracia que cantase las canciones de la auténtica Rosemary Clooney cuando jugaba con la muñeca, así que solía tararearlas entre dientes.

Dado que a Ford le daba repelús tocarla, me había llevado al coche la muñeca Betsy McCall. Era pequeña, tenía el tamaño justo para que me cupiera en la palma de la mano. Si lo tocaba

con ella, se encogía pegado a la puerta mientras me amenazaba con arrancarle las extremidades una a una.

Mamadee era suscriptora de la revista *McCall*. Después de examinarla, se la dejaba a mamá. «Examinarla» era la palabra que utilizaba. Mamá no quería la revista, razón por la que Mamadee se la dejaba. Mamá la aceptaba porque no estaba dispuesta a dejar que Mamadee pensara que hacía algo que tuviera la suficiente importancia como para irritarla. Se las apañaban mejor para insultarse con gestos educados que con un diccionario entero de blasfemias e insultos, si lo hubieran tenido.

Las muñecas recortables Betsy McCall aparecían en todos los números de *McCall*. El rostro de Betsy McCall era algo ordinario y dulce, como una galleta, con los ojos grandes y muy abiertos, como el fruto de la zarzaparrilla. Tenía también una sonriente boca de piñón, aunque la barbilla brillaba por su ausencia. Llevaba el pelo como era propio de una niña decente, con ricitos, y en las escasas ocasiones en las que asomaban, se le veían unas pequeñas orejas de duende. Betsy McCall hacía algo cada mes. Iba de Pícnic, o Empezaba la Escuela, o Ayudaba a su madre a Hornear Galletas. Lo que hacía tenía nombre y apellidos, aparecía impreso en mayúsculas y siempre exigía de un conjunto de ropa distinto.

Cada mes, recortaba a Betsy McCall, a su perro, a sus amigos y parientes, y jugaba con ellos delante de Mamadee y de mamá. Mamá le dijo a papá que, puesto que yo adoraba de ese modo a Betsy McCall, debía comprarme por Navidad una muñeca Betsy McCall. Y él lo hizo porque ignoraba que mamá sabía que yo quería un muñeco bebé. Ya le había escogido incluso el nombre: Ida Mae. Consciente de que mamá había sido tan mezquina, aún le di más importancia a Betsy McCall. Me la llevaba a todas partes, y lloriqueaba cuando me obligaban a dejarla. Como me había visto privada del privilegio de ponerle nombre a mi propia muñeca debido a que Betsy McCall ya tenía uno, le añadí en secreto el segundo nombre: Cane.

Al cabo de un rato, papá se puso a hablarle a Ford acerca del nuevo puente de Nueva Orleans. Me recosté para escuchar el sonido de los neumáticos en el asfalto, así como el ruido del motor, el aire acondicionado y la satisfactoria tirantez de la correa del ventilador. Con las ventanillas cerradas no podía oír a los pájaros, a los animales ni a la gente que había fuera. La velocidad del Edsel ahogaba todos los sonidos ajenos a él; aquellos sonidos

se unieron como las gotas de agua en el chorro de una manguera, con tal fuerza que hubieran podido golpearme.

Dormí parte del trayecto, soñando con

suishzapsuishzapsuishzapsuishzapsuishzap

el repiqueteo de la lluvia, más y más alto cada vez, hasta que no se oyó absolutamente nada más. La lluvia fuerte crea lo que con el tiempo descubriría que se llama «ruido blanco». La prefiero a los tapones de algodón en los oídos.

Oí cantar a papá como a veces solía hacer cuando íbamos juntos en coche, o cuando me iba a dormir.

*La otra noche, cariño,
mientras dormía
soñé que en brazos te tenía.
Y, cariño, al despertar,
vi que no era así
y me eché a llorar;*

*Eres mi rayo de sol,
mi único rayo de sol.
Me haces feliz
cuando los cielos son color gris.
Nunca sabrás, cariño,
cuánto te quiero,
así que, por favor, no te lleves mi rayo de sol.**

Tuve la impresión de que papá me la cantaba mientras me quedaba dormida, como una especie de broma privada, porque estaba lloviendo. Llovía tanto que me asusté en sueños. Me sentí como si me ahogara bajo esa lluvia incesante, la lluvia misma, los moribundos alientos de millares de personas a mi alrededor que me sumergían en la ciudad de los muertos.

A media hora de las afueras de Nueva Orleans, Ford me despertó con un pellizco.

* «The other night, dear / As I lay sleeping / I dreamed I held you in my arms. / When I awoke, dear / I was mistaken / And I hung my head and cried; / You are my sunshine / My only sunshine / You make me happy / When skies are grey / You'll never know dear / How much I love you / Please don't take my sunshine away.» (N. del t.)

—Despierta, Dumbo, que ya llegamos. Como sigas así te cubrirás de babas.

Mentía; tenía la comisura de los labios algo humedecida, nada más. Sabía que estaba

suishzapshlurru

lloviendo antes de volverme para mirar por la ventanilla. Olía la lluvia, a pesar de la perenne capa de humo. Nos hallábamos en el interior de mi sueño, dentro del coche, y para mí era como si estuviéramos bajo el agua.

Ford parecía aburrido. Era lo que solía hacer cuando quería importunar, y lo hacía a menudo. No quería acompañarnos en el viaje ni quedarse en casa y, al igual que mamá, no iba a demostrar que se lo pasaba bien sucediera lo que sucediese. Siguió esforzándose en seguir aburrido cuando asomó Nueva Orleans, aunque a juzgar por el modo en que se irguió comprendí que le llamaba la atención. Mamá también prestaba atención. Hizo una pausa de uno o dos segundos para sacar un nuevo cigarrillo.

Me arrodillé y miré por mi ventanilla, y también por la de papá, y por el cristal delantero. La mayor parte de cuanto vi u oí fue la lluvia. Las luces de otros vehículos en la carretera pasaban de largo en forma de borrosas manchas rojas y amarillas, como las luces de las velas que, tras una ventana húmeda, tiemblan mecidas por la corriente.

Había mucho más que ver en Nueva Orleans que en Mobile, Birmingham o Tallassee, aunque Tallassee contaba con un segundo base en las ligas mayores, Fred Hatfield. Comprendí que Nueva Orleans probablemente se sentía orgullosa de contar con tantos jugadores de las ligas mayores que nadie era consciente de ello ni hubiera alardeado en caso de serlo. Siempre había gente, mucha gente, entre la cual apenas éramos sino cuatro gotas en la lluvia, pero no podía verla. Sabía que estaban allí porque, cuando descubrí que íbamos a Nueva Orleans, busqué la ciudad en el atlas de papá, que listaba el número de habitantes de todas partes. No era que no pudiera oír a la gente a través de la lluvia, sino que el ruido se diluía hasta convertirse en un escalofrío en la nuca. Estaba asustada. No temía por mí, sino por toda aquella gente que no alcanzaba a ver, pero cuyas voces, ahogadas bajo el repiqueteo de la lluvia, cantaban una canción que no estaba hecha de palabras, sino de terror.